



Rivar
REVISTA IBEROAMERICANA DE
VITICULTURA, AGROINDUSTRIA
Y RURALIDAD

Editada por el Instituto de Estudios Avanzados
Universidad de Santiago de Chile

MIGRACIÓN, VINO Y TURISMO TEJEN LA HISTORIA DEL VALLE DE GUADALUPE

Migration, wine, and tourism weave the history of
Valle de Guadalupe
Migração, vinho e turismo tecem a história do
Valle de Guadalupe

Volumen 13, número 38, 203-221, enero 2026

ISSN 0719-4994

Artículo de investigación

<https://doi.org/10.35588/by1zr985>

Nora L. Bringas-Rábago

El Colegio de la Frontera Norte
Tijuana, México

ORCID <https://orcid.org/0000-0001-7599-8432>

nbringas@colef.mx

Recibido

13 de abril de 2025

Aprobado

2 de julio de 2025

Publicado

28 de enero de 2026

**DOSSIER Patrimonio etílico:
Paisajes y espacios de
producción, circulación y
consumo**

Cómo citar

Bringas-Rábago, N.L. (2026). Migración, vino y turismo tejen la historia del Valle de Guadalupe. *RIVAR*, 13(38), 203-221, <https://doi.org/10.35588/by1zr985>

ABSTRACT

This study examines the influence of migratory waves on the development of viticulture in Baja California and their contribution to the rise of wine tourism in the Valle de Guadalupe. Viticulture dates back to the 17th century, with the arrival of the Jesuits, but it solidified in the 20th century, thanks to the Molokan Russians established in the region. In the 21st century, investment in vineyards and wineries transformed the region into an emerging tourist destination, with more than 120 wineries forming the Wine Route. This qualitative study is based on a review of historical sources and semi-structured interviews with key stakeholders. Results show that Spanish, Italian, and Russian migrations were decisive for the growth of the local wine agroindustry, consolidating wine tourism and integrating history and biocultural heritage.

KEYWORDS

Historical geography, rural areas, migration, Mexico.

RESUMEN

Este estudio examina la influencia de las olas migratorias en el desarrollo de la vitivinicultura en Baja California y su contribución al impulso del enoturismo en el Valle de Guadalupe. La vitivinicultura se remonta al siglo XVII, con la llegada de los jesuitas, pero en el siglo XX adquirió mayor solidez gracias al asentamiento de los rusos molokanes en la región. En el siglo XXI, la inversión en viñedos y bodegas transformó la región en un destino turístico emergente, con más de 120 bodegas integradas en la denominada Ruta del Vino. Este trabajo, de corte cualitativo, se basa en la revisión de fuentes históricas y entrevistas semiestructuradas con actores clave. Los hallazgos revelan que las migraciones españolas, italianas y rusas fueron determinantes para el crecimiento de la agroindustria vitivinícola local, fortaleciendo el enoturismo al integrar historia y patrimonio biocultural.

PALABRAS CLAVE

Geografía histórica, zona rural, migración, México.

RESUMO

Este estudo examina a influência das ondas migratórias no desenvolvimento da viticultura na Baixa Califórnia e sua contribuição para promover o enoturismo no Vale de Guadalupe. A produção de vinho remonta ao século XVII, com a chegada dos jesuítas, mas no século XX ganhou ainda mais força graças à chegada dos russos molokans. No século XXI, o investimento em vinhedos e vinícolas transformou a região em um destino turístico emergente, com mais de 120 vinícolas integradas à chamada Rota do Vinho. Este trabalho qualitativo é baseado em uma revisão de fontes históricas e entrevistas semiestruturadas com as principais partes interessadas. As descobertas revelam que as migrações espanholas, italianas e russas foram cruciais para o crescimento da agroindústria vinícola local, fortalecendo o enoturismo ao integrar a paisagem e o patrimônio biocultural.

PALAVRAS-CHAVE

Geografia histórica, área rural, migração, México.

Introducción

La historia de la península de Baja California está marcada por episodios fragmentados, pero unidos por su carácter transitorio y su estrecha relación con su geografía. Las ocupaciones y abandonos, las invasiones truncadas por factores políticos, climáticos o productivos, y una constante dinámica migratoria han impedido el arraigo de un único paradigma social o alimentario. Así, Baja California configura su identidad en diálogo con su territorio ancestral, del que toma nombre y sentido.

Las sociedades han moldeado sus territorios a lo largo del tiempo, otorgando a sus paisajes un valor patrimonial que forma parte de su identidad. Conocer la historia de una región es clave para entender su presente y proyectar su futuro. Este vínculo con las raíces de un lugar no solo permite rastrear el origen de antiguas tradiciones agrícolas, sino también identificar las tradiciones que han dejado huella en su territorio. La identidad y la memoria colectiva sustentan un desarrollo en el que la producción y el consumo de vino reflejan la interacción de factores históricos, geográficos, políticos y culturales que no solo confieren identidad al vino, sino que también le otorgan significados que enriquecen su apreciación y forman parte de su patrimonio (Rojas, 2015).

Desde una visión integral, el patrimonio vitivinícola comprende una articulación de componentes tangibles e intangibles vinculados al cultivo de la vid y a la producción de vino. Dicho patrimonio incluye, ademas del paisaje, las bodegas, los viñedos y la arquitectura rural, los saberes tradicionales, las prácticas agrícolas, las celebraciones, la gastronomía, las festividades de la vendimia y las expresiones simbólicas que, en conjunto, contribuyen a configurar la identidad socioterritorial de cualquier región (Regis, 2018; Rojas, 2015; Elías, 2014).

Este trabajo tiene como objetivo examinar la relevancia de los distintos flujos migratorios en la configuración histórica del Valle de Guadalupe, una de las principales regiones vitivinícolas de México. Analizamos cómo esta zona transitó de ser un espacio ganadero a consolidarse como un oasis agrícola donde convergen la producción de vino y el turismo. Tal proceso de transformación se examina a lo largo de tres períodos históricos; el primero de ellos aborda la llegada de los misioneros —principalmente de origen español— a la entonces inexplorada península de Baja California y su posterior expulsión. Un segundo momento fue la llegada de los rusos molokanes al Valle de Guadalupe a principios del siglo XIX y todos los sucesos que tuvieron lugar a lo largo de ese siglo, como la entrada de México al Acuerdo General sobre Aranceles Aduaneros y Comercio (GATT por sus siglas en inglés) en 1986, que afectó negativamente la producción del vino nacional. Finalmente, un tercer momento se considera a partir del 2000, año en que se crea la Ruta del Vino, lo que propició una rápida metamorfosis de una apacible región agrícola hasta convertirse en un referente del vino mexicano y la cuna del enoturismo.

El Valle de Guadalupe: Breve caracterización geográfica

El Valle de Guadalupe se encuentra en el hemisferio norte, entre los 30 y 50 grados de latitud norte, en una de las llamadas franjas del vino. Se localiza aproximadamente a 140 kilómetros al sur de la frontera que divide México y Estados Unidos, abarca una extensión de 18.128 hectáreas y está delimitada por la cuenca del arroyo Guadalupe. La región se caracteriza por un relieve montañoso, con diversas cañadas y elevaciones que alcanzan poco más de los 300 metros sobre el nivel medio del mar. Cuenta con un microclima de tipo mediterráneo, con lluvias invernales y veranos calurosos y secos. La temperatura media anual oscila entre los 12° y 18° centígrados. Se encuentra a 25 kilómetros de la costa, lo que provoca que por las noches la brisa marina cubra los viñedos. Tales características han permitido que la vegetación dominante en la región esté compuesta principalmente por matorral costero y chaparral, adaptados a las condiciones del terreno y al clima local (Bringas-Rábago y Toudert, 2011).

A esta región se llega solo por vía terrestre desde la frontera entre México y Estados Unidos, por la carretera libre o la escénica, que es de cuota y bordea la línea de costa que une los municipios de Tijuana, playas de Rosarito y Ensenada, siendo este último el asiento de una de las más importantes regiones vitivinícolas de México y que es el corazón de la llamada Ruta del Vino, el Valle de Guadalupe, que se integra por tres delegaciones: San Antonio de las Minas, Francisco Zarco y El Porvenir. Dentro de su delimitación se encuentra la comunidad nativa kumiai, San Antonio Necua y, a escasos kilómetros de sus límites se ubica otra comunidad originaria: San José de la Zorra (Figura 1).

Esta región ha experimentado un crecimiento poblacional significativo a partir de la creación de la Ruta del Vino, registrando una tasa media anual de crecimiento del 2.66 en un lapso de veinte años. Poco más de un tercio de la población es migrante (37%), lo que quiere decir que este segmento creció a un ritmo mayor y está asociado con el desarrollo de la vitivinicultura y los servicios (Tabla 1).

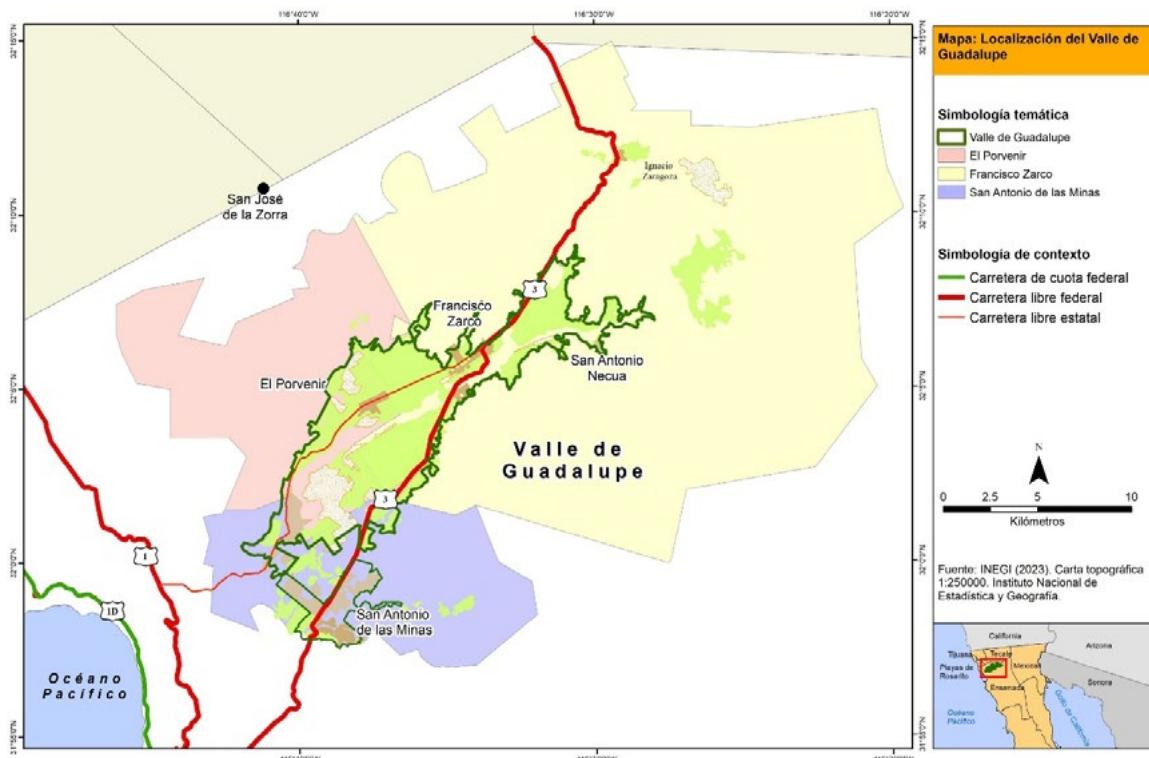
Tabla 1. Principales características de la población 2000-2020
Table 1. Main characteristics of the population 2000-2020

Delegaciones	Población total		Mujeres		Hombres		Población nacida en otra entidad	
	2000	2020	2000	2020	2000	2020	2000	2020
El Porvenir	1,642	2,085	821	1,051	821	1,034	453	675
Francisco Zarco	3,592	6,159	1,749	2,909	1,843	3,250	1,334	2,396
San Antonio de las Minas	669	1,739	321	844	348	895	211	624
Total Valle de Guadalupe	5,903	9,983	2,891	4,804	3,012	5,179	1,998	3,695
Tasa media anual de crecimiento	2.66		2.56		2.74		3.09	

Fuente/source: INEGI (2020).



Figura 1. Mapa de localización del Valle de Guadalupe
Figure 1. Guadalupe Valley location map



Fuente: elaboración propia basada en INEGI mediante Arcgis. Source: own elaboration based on INEGI using Arcgis.

Método

La estrategia metodológica empleada integró diversas técnicas: revisión documental, trabajo de campo y georreferenciación de recursos y servicios turísticos vinculados al patrimonio biocultural, entrevistas semiestructuradas con actores clave, y la elaboración de un sistema de información geográfica. Este último se nutrió tanto de datos alfanuméricos provenientes de inventarios realizados en campo para el OTBC (2024), como de información vectorial derivada de cartas de usos de suelo y vegetación del INEGI del año 1993, verificada en campo y complementada con interpretación de la imagen satelital Landsat Copérnico, resolución de 1.5 m.

En total, se realizaron 60 entrevistas entre abril de 2022 y diciembre de 2024, utilizando la técnica bola de nieve (Taylor y Bogdan, 1987), contemplando a 48 a propietarios de vinícolas, dos representantes de comunidades indígenas, cinco a funcionarios públicos y cinco a ejidatarios. Por restricciones de espacio no se incorporaron citas textuales y se citan solo once casos en que los entrevistados —por su arraigo en la región y profundo conocimiento de su evolución histórica— aportaron elementos clave para el análisis.

Orígenes de la vitivinicultura en Baja California

La vitivinicultura en México tiene sus raíces en el periodo de la colonización española, a partir del siglo XVI. Fueron los misioneros jesuitas quienes introdujeron las primeras cepas europeas como parte del proceso de apropiación y transformación del paisaje agrícola del Nuevo Mundo (Magoni, 2009). En un principio, las vides fueron plantadas en los huertos de las misiones con el propósito de producir vino destinado al culto religioso. Debido a su papel fundacional en la historia de la vitivinicultura mexicana, esta variedad fue llamada uva misión (Barco, 1988).

El patrimonio vitivinícola representa una herencia cultural, agrícola y social de profundo arraigo en la región, transmitida a lo largo de generaciones desde la llegada de los misioneros jesuitas en el siglo XVII. Con ellos se introdujeron saberes, prácticas y conocimientos relacionados con la cultura del vino, cuya permanencia en el tiempo ha dado lugar a una tradición viva. El legado, aún vigente, constituye un elemento esencial de la memoria colectiva y la identidad territorial (Regis, 2018; Rojas, 2015; Elías, 2014; Magoni, 2009).

La vitivinicultura fue impulsada por razones religiosas, al requerirse vino para la celebración de la eucaristía, así como por razones comerciales y consumo personal. Los misioneros desempeñaron un papel central en la difusión del cultivo de la vid a lo largo del territorio novohispano, incluyendo las regiones septentrionales de la península de Baja California. Cabe destacar que antes de la llegada de los colonizadores a estas tierras existían vides silvestres en la península, pertenecientes a las especies «*vitis Girdiana*, *vitis Arizonica* y *vitis Californica*» (Barco, 1988).

El sistema misional: Los jesuitas y las primeras vides

La vid fue introducida en el continente americano como parte de la colonización española durante el siglo XVI. Aunque Baja California permaneció inexplorada durante mucho tiempo, a fines del siglo XVII se permitió a los jesuitas emprender labores de evangelización. Al asentarse en el territorio, identificaron condiciones agroecológicas favorables para el cultivo de la vid, como microclimas y suelos adecuados. Este reconocimiento marcó el inicio de una tradición vitivinícola que, con el tiempo, cobraría gran relevancia en la región (Barco, 1988; Magoni, 2009).

En 1697, bajo el liderazgo del padre Juan María Salvatierra, los jesuitas desembarcaron en San Dionisio y fundaron la Misión de Loreto, que se convirtió en su primer asentamiento permanente. Los españoles dividieron posteriormente la península en dos regiones: Baja y Alta California. En ese tiempo ambas pertenecían a México, y más tarde la última pasaría a formar parte de Estados Unidos. Loreto fue designada entonces como la capital de las Californias (Barco, 1988).

En 1701, Juan de Ugarte arribó a Loreto y fundó la Misión de San Francisco Javier de Vigé-Biaundó. Con el apoyo de comunidades nativas, inició el cultivo de las primeras vides en la península, adaptando progresivamente el terreno a la viticultura y desde allí, llevaron

sarmientos a las demás misiones, acción que marcó el inicio de la vitivinicultura en esta semiárida región. Desde entonces, su expansión avanzó de sur a norte, hasta alcanzar la Alta California, hoy California, Estados Unidos (Magoni, 2009).

Entre 1697 y 1768, los jesuitas fundaron diecisiete misiones en la península, introduciendo la vitivinicultura y prácticas agrícolas europeas que transformaron el entorno y la vida local. Aunque predominaban los misioneros españoles, también participaron religiosos alemanes, franceses e italianos, cuyas influencias enriquecieron los métodos evangelizadores, productivos y el registro de las culturas indígenas (Barco, 1988; Magoni, 2009) (Figura 2).

Los jesuitas introdujeron técnicas agrícolas avanzadas y establecieron viñedos con el propósito de elaborar vino para consumo personal y litúrgico. Para 1773, los inventarios coloniales registraban la existencia de barricas y prensas, evidencia de una producción vinícola incipiente. A pesar de su expulsión ese mismo año, el legado jesuítico en la viticultura perduró, sentando las bases para el desarrollo posterior del cultivo de la vid (Barco, 1988).

Entre 1769 y 1773, los franciscanos ocuparon temporalmente las misiones de Baja California antes de ser relevados por los dominicos. Durante su estadía continuaron con la tradición vitivinícola iniciada por los jesuitas, cultivando vides y utilizando herramientas para la producción de vino, como prensas y barricas. Sin embargo, su legado fue menos visible debido a diversos obstáculos, como la disminución de la población indígena por enfermedades y la resistencia al nuevo control religioso. Dichas dificultades limitaron tanto la labor evangelizadora como las actividades productivas, provocando un progresivo debilitamiento de la producción vinícola durante su breve gestión en la región (Mathes, 1977; Barco, 1988).

A partir de 1773, los dominicos asumieron el control de las misiones hasta su expulsión en 1834. Durante ese periodo extendieron su presencia hacia el norte de la península fundando la misión de Santa Gertrudis la Magna, ubicada a escasos kilómetros de la actual frontera que divide la península en dos. Esta misión recibió su nombre en honor a una santa alemana, reflejo del origen del fraile que la estableció (Mathes, 1977; Barco, 1988).

Los dominicos continuaron desarrollando la agricultura en los huertos misionales, cultivando vides, higueras, olivos, granados y hortalizas. Su trabajo dio continuidad a las prácticas agrícolas introducidas por las órdenes anteriores. En algunos sitios misionales existen parras antiguas y tinajas de piedra utilizadas para elaborar y almacenar vino, testimonio del temprano desarrollo de la vitivinicultura en la región (Mathes, 1977).

Figura 2. Sistema misional de la península de Baja California
Figure 2. Missionary system of the Baja California Peninsula



Fuente: elaboración propia basada en INEGI mediante Arcgis. Source: own elaboration based on INEGI using Arcgis.

En 1791, fray José Loriente fundó la Misión de Santo Tomás en el Valle del mismo nombre, donde las condiciones geográficas y climáticas favorecieron el cultivo de la vid. Se plantaron

los primeros viñedos con uva misión, produciendo vino para el culto religioso. Este entorno propició el desarrollo de la viticultura, convirtiéndola en la cuna de la industria vinícola en Baja California, sentando las bases para su futuro crecimiento (Barco, 1988; Magoni, 2009).

En 1834, el fraile dominico Félix Caballero fundó la Misión de Nuestra Señora de Guadalupe en lo que hoy es el Valle de Guadalupe. Además de su labor evangelizadora, promovió la autosuficiencia de la misión a través de actividades agrícolas, incluyendo el cultivo de la vid y el olivo (Barco, 1988). A pesar de su valor simbólico al ser la última misión construida, su existencia fue breve. Factores como los enfrentamientos con comunidades indígenas y el proceso de secularización promovido por el gobierno federal condujeron a su destrucción a mediados del siglo XIX (Magoni, 2009; Mathes, 1977).

Tras la independencia de México en el año 1810 y el inicio del proceso de secularización en 1834, las misiones fueron cerradas y abandonadas gradualmente. La pérdida del apoyo estatal y la llegada de colonos europeos redujeron significativamente su influencia. Las tierras misionales, antes productivas, quedaron en el olvido debido a la escasez de recursos, mano de obra y el aislamiento geográfico de la región (Mathes, 1977).

La labor de los dominicos fue clave para el origen de la vitivinicultura en Baja California, ya que, además de evangelizar, introdujeron técnicas agrícolas y sistemas de riego adecuados al agreste clima de la península, lo que permitió el cultivo de la vid y fortaleció la economía de las misiones (Barco, 1988). Tras el cierre de las misiones, la vitivinicultura en la región se estancó.

Debido a la lejanía geográfica de la península del centro del país y las constantes amenazas de Estados Unidos por anexar a su territorio la península de Baja California, a partir de 1883 el gobierno federal emitió varios ordenamientos para apoyar la colonización y ocupación de terrenos baldíos de territorio nacional, con el objetivo de incentivar el poblamiento y el desarrollo agrícola, incluso a compañías colonizadoras extranjeras (Magoni, 2009).

Loreto Amador, considerado el primer vitivinicultor civil de Baja California, adquirió los terrenos y reactivó el cultivo de la vid en la antigua misión de Santo Tomás. Debido a problemas económicos, vendió la propiedad, luego adquirida por Francisco Andonaegui, de origen italiano, y Miguel Ormart, de ascendencia española, quienes en 1888 fundaron la primera vinícola comercial del estado, marcando el inicio formal de la industria vinícola en la región (Magoni, 2009; Entrevistas 18 y 20, 2022).

El inicio de la vitivinicultura en el Valle de Guadalupe en el siglo XX

La tradición vitivinícola del Valle de Guadalupe ha sido moldeada por diversas oleadas migratorias, particularmente de origen italiano, español y ruso molokán, cuyos aportes técnicos y culturales contribuyeron al desarrollo de prácticas que hoy forman parte de la identidad regional (Regis, 2018; Rojas, 2015; Elías, 2014). Más allá de su importancia económica, la vitivinicultura representa un patrimonio biocultural que integra conocimientos europeos con saberes y tradiciones locales. Este legado refleja procesos históricos de migración, adaptación e innovación, que han enriquecido la cultura y la identidad del territorio (Quiñónez et al., 2012).

A principios del siglo XX, la política de poblamiento del gobierno federal generó la migración rusa hacia Baja California, impulsada por la persecución religiosa contra los molokanes, una comunidad disidente de la Iglesia ortodoxa rusa. Ante la presión del régimen zarista, estos grupos buscaron refugio en América, especialmente en el vecino estado de California, para garantizar su seguridad y preservar sus creencias y tradiciones religiosas y culturales, llegando finalmente al Valle de Guadalupe (Adams, 1987; González y Paredes, 2001).

En 1906 se fundó la Empresa Rusa Colonizadora de la Baja California, lo que permitió el asentamiento de más de cien familias molokanas en el Valle de Guadalupe. En 1907 adquirieron 5.200 hectáreas del Rancho Guadalupe, dando inicio a un proceso de crecimiento poblacional y desarrollo agrícola, incluyendo los primeros esfuerzos, aunque difíciles, por cultivar vid y producir vino (González y Paredes, 2001).

Los molokanes plantaron vides y comenzaron a producir vino de manera comercial, y mantuvieron sus tradiciones culturales y religiosas mientras se adaptaban al nuevo entorno. Su estilo de vida comunitario permitió el intercambio de conocimientos relacionados con prácticas agrícolas y destacaron por la calidad de sus productos. El vino era utilizado tanto para el consumo familiar como comercial, fortaleciendo la economía local y promoviendo una cultura vitivinícola en la región. Fue así que aproximadamente en 1917, que Jorge Afonin, plantó el primer viñedo en el Valle de Guadalupe (Adams, 1987; Magoni, 2009).

La Revolución Mexicana, iniciada en 1910, provocó profundos cambios sociales y económicos en el país, lo que derivó en el abandono y deterioro de muchos viñedos a nivel nacional (Magoni, 2009). Al mismo tiempo, en Estados Unidos, la aprobación de la Ley Volstead en 1920 —que estableció la Ley Seca— prohibió la producción y venta de alcohol hasta 1933. Este contexto favoreció la llegada de turistas estadounidenses a Baja California, marcando el inicio de la llamada «época de oro» del turismo en la región (Quiñónez et al., 2012).

Durante ese periodo, la producción de vino en el Valle de Guadalupe, aunque limitada, satisfizo la creciente demanda. En ese contexto, en 1926, llegó a Tijuana Ángelo Cetto, un visionario inmigrante italiano, quien en 1928 ya había establecido las bases de una tradición vitivinícola que dejaría una huella profunda en la historia del vino en México (De la Vega, 2003; Magoni, 2009). Su llegada simbolizó la fusión de conocimientos europeos con las condiciones mexicanas, mostrando cómo las migraciones han impulsado el desarrollo de sectores estratégicos como el vitivinícola.

En 1931, Abelardo Rodríguez, exgobernador del Distrito Norte de Baja California, adquirió las bodegas y viñedos del rancho Los Dolores, en el Valle de Santo Tomás, y poco más de 50.000 galones de vino. Para dirigir las bodegas, contrató al enólogo italiano Esteban Ferro, quien impulsó la tecnificación y la mejora en la producción de vino, introduciendo cepas italianas. A partir de entonces, los valles de la región empezaron a producir vino de mejor calidad (Magoni, 2009).

Tras la derogación de la Ley Seca en 1933, la economía fronteriza se desplomó. Ese mismo año Abelardo Rodríguez, ya como presidente de México, estableció las zonas libres para la importación de mercancías, lo que permitió la importación de uva desde California para

complementar la producción local y reactivar la economía (Magoni, 2009; Quiñónez et al., 2012).

Si bien en un principio esta medida se apreciaba favorable para la industria regional, se convirtió en un elemento desalentador para el desarrollo de la viticultura. El declive regional en la siguiente década coincidió con la Segunda Guerra Mundial (Magoni, 2009). La expropiación de tierras para formar el ejido El Porvenir en 1937 generó desconfianza y muchos de los rusos optaron por emigrar a territorio estadounidense, lo que propició un gradual desmembramiento de la colonia rusa (Adams, 1987; Nucamendi et al., 2023).

Durante el gobierno de Lázaro Cárdenas (1934-1940) se promovieron medidas para proteger la producción nacional de vino, como el aumento de aranceles a productos importados. En 1943 se promulgó la Ley Vitivinícola y se creó el Consejo Mexicano Vitivinícola con el objetivo de fortalecer la industria frente a la competencia extranjera. Sin embargo, la ley no logró sus metas, ya que la falta de acceso a canales de distribución limitó el desarrollo del sector vitivinícola en Baja California (Magoni, 2009; Méndez, 2016).

A inicios de la década de 1960, Luis Ferro dejó Bodegas Santo Tomás para fundar Vinícola de Ensenada, donde lanzó el vino de mesa Padre Kino (entrevista 31, 2023). En paralelo, Abelardo Rodríguez impulsó el sector al contratar al enólogo Dimitri Tchelistcheff, hijo del destacado enólogo ruso del mismo nombre, figura clave en el desarrollo de Napa Valley (entrevistas 18 y 20, 2022). En 1962, la familia Cetto adquirió su primer viñedo en el Valle de Guadalupe, y con la incorporación del enólogo italiano Camillo Magoni en 1965, inició una etapa de expansión que consolidó a la empresa como la vinícola más grande del país (De la Vega, 2003; entrevista 5, 2022). Finalmente, en 1972, Ferro vendió su vinícola a Pedro Domecq, que continuó comercializando la marca Padre Kino (entrevistas 18 y 20, 2022).

Ese mismo año, Cetto y Domecq lanzaron el proyecto conjunto para producir brandy, creando la empresa Vides del Guadalupe. También en 1972 nacieron las primeras fiestas de la vendimia, impulsadas por el Club de Leones de Ensenada, que celebran la cosecha de uvas y fortalecen el vínculo entre la comunidad y la industria vitivinícola local (Magoni, 2009; entrevistas 25 y 31, 2023; entrevistas 45 y 56, 2024).

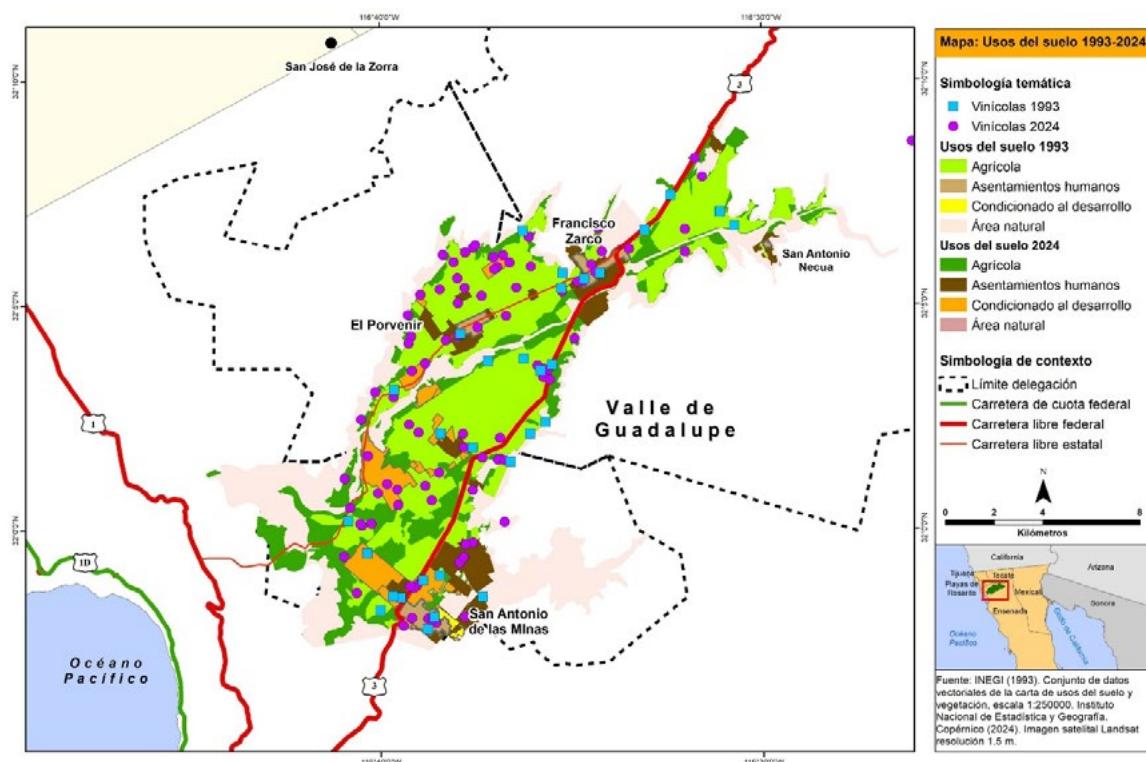
La entrada de México en 1986 al Acuerdo General sobre Aranceles Aduaneros y Comercio (GATT por su sigla en inglés) eliminó las restricciones a las importaciones, lo que provocó una fuerte competencia de vinos extranjeros y llevó al cierre de varias bodegas locales (Magoni, 2009; Méndez, 2016). Solo unas pocas sobrevivieron, enfrentando grandes dificultades. Sin embargo, este contexto adverso también abrió una oportunidad: según el enólogo Hugo D'Acosta (Redacción Travesías, 2017), permitió a regiones como Baja California desarrollar vinos con identidad propia. A finales de los años ochenta, surgió un movimiento entre productores enfocado en dotar al vino de una identidad única.

En 1987, Monte Xanic comenzó su actividad en el Valle de Guadalupe, consolidándose como una bodega pionera que transformó la industria vitivinícola de la región. Su irrupción en el mercado dio paso a una nueva etapa en la elaboración de vinos de alta gama al introducir prácticas agrícolas innovadoras, como el cultivo de alta densidad, y la cosecha nocturna, que no solo elevaron la calidad del vino, sino que también establecieron nuevos estándares para la viticultura mexicana (entrevista 40, 2023).

En 1993, de las 18.127,68 hectáreas que comprenden el Valle de Guadalupe, más de la mitad (51.55%) se destinaban a la agricultura de riego y temporal, mientras que solo el 1.36% correspondía a las entonces pequeñas localidades de la región. Un 45% del suelo era vegetación natural, compuesta por chaparrales, encinos y vegetación de galería en cañadas (Figura 3). En esa época la principal actividad económica era el cultivo de la vid y hortalizas. Durante la década de 1990 surgieron bodegas familiares como El Mogor Badán, Viñas Liceaga, Chateau Camou y Adobe Guadalupe (OTBC, 2024). El aumento de vinícolas impulsó el desplazamiento de pequeños productores, ejidatarios y colonos pioneros, reconfigurando la economía del valle en las décadas siguientes.

Figura 3. Usos del suelo en el Valle de Guadalupe en 1993 y 2024

Figure 3. Land use in the Guadalupe Valley in 1993 and 2024



Fuente: elaboración propia basada en INEGI mediante Arcgis. Source: own elaboration based on INEGI using Arcgis.

El impulso a la vitivinicultura en el siglo XXI

A pesar de varios intentos por regularizar y proteger los usos del suelo orientados a la vitivinicultura en el Valle de Guadalupe (Nucamendi et al., 2023), la promulgación de la Ley de Fomento a la Industria Vitivinícola en 2018 representó un hito para el impulso del vino mexicano en general. Según el SIAP (2024), este respaldo normativo contribuyó al aumento de la superficie cultivada con *vitis vinifera*, que en 2023 alcanzó las 9.247 hectáreas cultivadas, con una producción de 81.418 toneladas de uva y 397.000 hectolitros de vino. Aunque el consumo per cápita en México sigue siendo bajo, ha crecido de 250 mililitros en 2002 a 1.3 litros en 2023. En este contexto, el vino nacional ha logrado reconocimiento a nivel internacional, acumulando numerosos premios (entrevista 55, 2024).

Además, entre 1993 y 2024, el suelo destinado a los asentamientos humanos en el Valle de Guadalupe creció de 247.24 a 1,165.18 hectáreas, y representó un aumento del 371.3%. Este crecimiento acelerado ha sido en detrimento de las áreas naturales de cobertura vegetal (Figura 3). El cambio en el uso del suelo no solo refleja el crecimiento urbano y económico, sino también una reconfiguración socioterritorial impulsada por intereses turísticos e inmobiliarios, que modifica el paisaje rural y desplaza formas tradicionales de vida y producción.

Entre 2015 y 2023, el sector vitivinícola de Ensenada —particularmente en el Valle de Guadalupe— experimentó un crecimiento significativo tanto en la superficie cultivada como en el valor de la producción de uva industrial. En 2015, dicha producción se valoraba en 228.2 millones de pesos, y aumentó de manera constante hasta alcanzar los 660.8 millones en 2023. El repunte más marcado se dio a partir de 2020, cuando el valor ascendió a 497.9 millones de pesos, reflejando no solo la expansión de los viñedos, sino también una inversión estratégica en el sector. Tal desempeño consolidó a la vitivinicultura como una de las principales actividades económicas de la región, evidenciando su capacidad de adaptación y crecimiento frente a los retos del mercado (Figura 4).

Figura 4. Valor de la producción vitivinícola y su transformación para el turismo (2015-2023)

Figure 4. Transformation of the wine production value into tourism (2015-2023)



Fuente: elaboración propia en base a SIAP (2024). Source: own elaboration based on SIAP (2024).

El valor de la producción de esa uva trasformada en vino aumenta cuatro veces su valor, experimentando un crecimiento significativo desde 912.7 millones de pesos en 2015 hasta los 2.643,2 millones de pesos en 2023 (SIAP, 2024). Dicho incremento no solo responde a un aumento en el volumen de producción, sino también a la mejora sostenida en la calidad del vino, lo que ha permitido posicionar a la región en mercados nacionales e internacionales. La consolidación de una oferta más amplia de vinos de alta gama ha reforzado su competitividad y liderazgo dentro de la industria vitivinícola.

No obstante, la transformación de la vid en vino y su valorización a través de la gastronomía y el turismo ha incrementado notablemente su valor económico. En 2015, la actividad vitivinícola generó 2.281,7 millones de pesos mexicanos, y para 2023 esta cifra ascendió a

6.608,1 millones de pesos mexicanos, lo que refleja un crecimiento significativo, cuyo aumento está estrechamente relacionado con el auge del enoturismo. Las bodegas y viñedos de la región no solo producen vino, sino que también ofrecen experiencias integrales que incluyen visitas guiadas, catas, gastronomía local, recorridos en bicicleta y otras actividades vinculadas al vino, atrayendo a turistas tanto nacionales como internacionales.

La Figura 4 nos invita a reflexionar sobre los efectos colaterales generados por el turismo en regiones vitivinícolas y el valor agregado que esta actividad genera. Tanto inversionistas como nuevos residentes y visitantes buscan adquirir propiedades con fines residenciales, comerciales o recreativos. Esta presión sobre el suelo eleva su valor, alimenta la especulación inmobiliaria y restringe el acceso a la tierra, tanto para la población local como para los productores agrícolas. Paralelamente, el paisaje vitivinícola comienza a adquirir un valor simbólico y estético que lo convierte en un recurso turístico codiciado, lo que propicia la instalación de servicios orientados a un público con mayor poder adquisitivo, como hoteles boutique, restaurantes gourmet o vinícolas de alta gama en detrimento de la propia actividad agrícola. Este proceso origina una fuerte presión sobre el uso del suelo e incrementa el interés por transformar turísticamente una zona agrícola.

De este modo, si bien el turismo puede representar una fuente importante de ingresos y dinamismo económico, también plantea desafíos complejos en términos de equidad social, sostenibilidad ambiental y gobernanza del territorio. Los contrastes en el valor de la producción agrícola versus la turística han generado conflictos entre quienes promueven un desarrollo ordenado y sostenible del valle, y los desarrolladores inmobiliarios que impulsan la urbanización, poniendo en riesgo la vocación agrícola de la región (Nucamendi et al., 2023).

La ruta del vino y el auge del enoturismo en el siglo XXI

La creación de la Ruta del Vino en el año 2000 fue una estrategia organizada para enfrentar los efectos negativos que la apertura comercial impulsada por el GATT tuvo sobre la agroindustria local. Su formalización buscó equilibrar el crecimiento económico con la preservación del patrimonio agrícola mediante la colaboración entre productores, gobierno y comunidades. Tal iniciativa permitió una gestión territorial más eficiente, proyectó la región hacia mercados globales, fomentó el desarrollo del enoturismo y la infraestructura turística (Quiñónez et al., 2012; entrevista 3, 2022).

Esta ruta se estructuró en torno a los principales valles vitivinícolas del estado. Al norte, incorpora los valles de Tecate (San Valentín, Tanamá y Valle de Las Palmas), este último compartido con Tijuana. Se extiende hacia el este con el Valle de Ojos Negros y hacia el sur con los valles de La Grulla (ejido Uruapan), San Tomás y San Vicente, conocida como la antigua ruta del vino. El núcleo de la ruta lo forma el Valle de Guadalupe, que concentra la mayoría de bodegas, hospedajes, restaurantes, museos y actividades culturales (Figura 5).

Más allá de ofrecer una experiencia sensorial, la Ruta del Vino representa un producto turístico temático con impacto estratégico en la revitalización de los espacios rurales (López-Guzmán y Sánchez, 2008). La ruta promovió el impulso de una oferta enoturística diferenciada, sustentada en historia, cultura y tradiciones vitivinícolas, concentrándose principalmente en el Valle de Guadalupe, el cual es considerado su epicentro.

Este suceso marcó la consolidación de una identidad territorial forjada durante siglos a través de migraciones, innovación tecnológica y la valorización del patrimonio vitivinícola (Rojas, 2015). Así, el enoturismo actuó como dinamizador del patrimonio, al integrar prácticas productivas, festividades, narrativas y símbolos vinculados al vino, fortaleciendo la identidad territorial y la memoria colectiva, misma que hoy representa un símbolo del patrimonio etílico y económico regional, constituyendo un legado vivo (Regis, 2018; Elías, 2014).

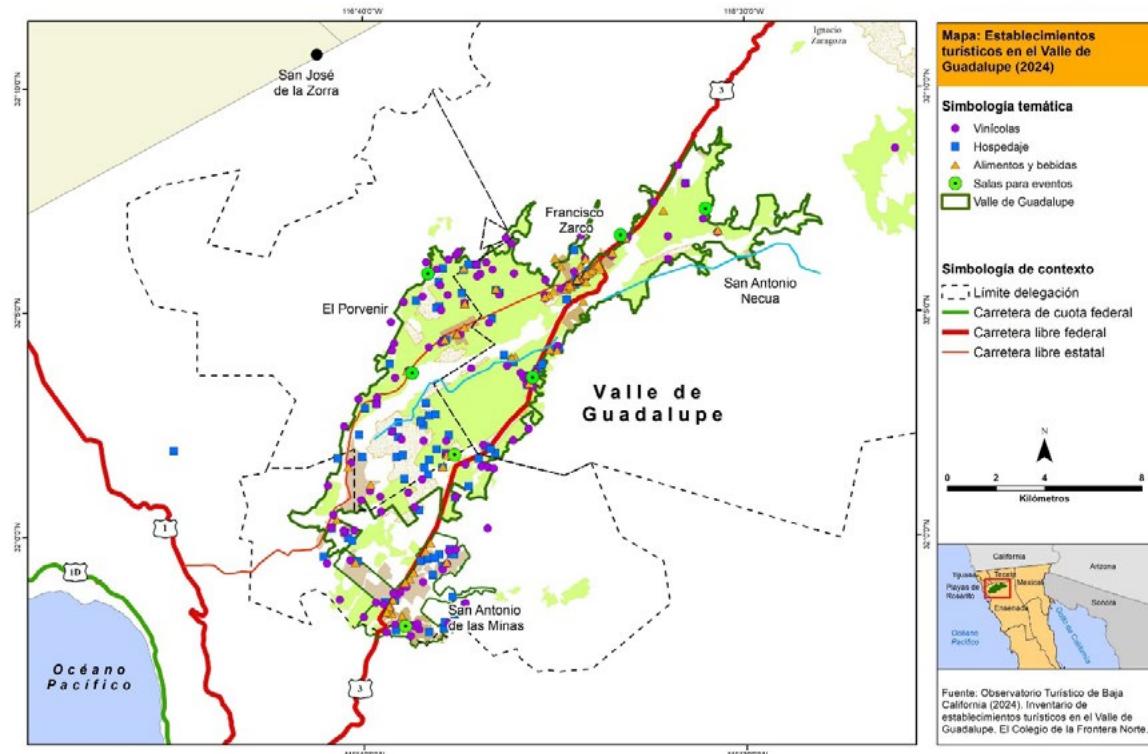
Figura 5. Los valles de la Ruta del Vino
Figure 5. The valleys of the Wine Route



Fuente: elaboración propia basada en INEGI mediante Arcgis. Source: own elaboration based on INEGI using Arcgis.

Datos del Observatorio Turístico de Baja California muestran que en el año 2024 existían 414 negocios turísticos en el Valle de Guadalupe: 41.5% en San Antonio de las Minas, 31.4% en El Porvenir y 26.8% en Francisco Zarco (OTBC, 2024). Esta oferta incluye 152 restaurantes, 124 vinícolas, 99 alojamientos, 42 comercios y servicios turísticos, y quince espacios culturales y recreativos, como museos y centros de eventos y reuniones (Figura 6).

Figura 6. Establecimientos turísticos en el Valle de Guadalupe
Figure 6. Tourism related services in the Guadalupe Valley



Fuente: elaboración propia basada en INEGI mediante Arcgis. Source: own elaboration based on INEGI using Arcgis.

El auge del turismo se refleja en el incremento sostenido de establecimientos de este tipo. Entre 2000 y 2009 surgió el 13.4% del total, mientras que entre 2010 y 2019 se concentró el 36.3%. De 2020 a 2024 se añadió otro 34.2%, lo que confirma la consolidación del Valle como destino enoturístico (OTBC, 2024). Dicho crecimiento ha despertado el interés de desarrolladores inmobiliarios que han comenzado a adquirir tierras agrícolas para urbanizarlas, generando conflictos por el uso del suelo y el agua, y poniendo en riesgo el futuro de la vitivinicultura en la región (Nucamendi et al., 2023).

Durante el verano, temporada alta en la región, los visitantes del Valle de Guadalupe disfrutan no solo de la degustación del vino, sino también de eventos culturales como las Fiestas de la Vendimia, que incluyen conciertos, exposiciones, concursos gastronómicos y cenas temáticas. Se estima que en 2024 estas fiestas atrajeron 120 mil personas y generaron 800 millones de pesos mexicanos (Osterroth, 2024; OTBC, 2024).

Actualmente, la Ruta del Vino se ha consolidado como un referente del turismo nacional, destacando por su dinamismo y capacidad de innovación. La oferta vinculada a esta ruta

es diversa, abarcando desde vinos artesanales hasta etiquetas de alta gama, así como restaurantes campestres y propuestas gastronómicas galardonadas con estrellas Michelin. La cocina local refleja la riqueza cultural del valle, combinando influencias mexicanas, mediterráneas, asiáticas, italianas y rusas, lo que ha dado lugar a una propuesta culinaria original que, sin perder sus raíces, se reinventa constantemente. Además, la variedad de servicios ofrecidos responde a distintos perfiles de visitantes y presupuestos (OTBC, 2024).

Comentarios finales

Este trabajo invita a repensar la relación entre migración, patrimonio y desarrollo turístico en contextos de cambios acelerados. Resulta evidente que el enoturismo en el Valle de Guadalupe no solo es una manifestación económica, sino un proceso social y cultural profundamente arraigado al territorio y ligado a las historias de las diferentes migraciones en la región y la construcción de una identidad territorial que se ha forjado a través de siglos.

Son precisamente las fortalezas de la vitivinicultura y el enoturismo las que han logrado consolidar una oferta turística integrada que atrae a un creciente número de visitantes nacionales e internacionales. Adicionalmente, la capacidad del enoturismo para promover el legado cultural y patrimonial, integrando paisaje, tradiciones y narrativas históricas, enriquece la experiencia del visitante y nutre la percepción de autenticidad, aspectos esenciales para la diferenciación en un mercado turístico cada vez más competitivo.

Sin embargo, los conflictos derivados de la apropiación del suelo, la presión sobre los recursos hídricos y la falta de un ordenamiento territorial efectivo que regule los usos del suelo ha generado tensiones entre actividades agrícolas, turísticas y residenciales, poniendo en riesgo la sostenibilidad y el patrimonio biocultural de la región. Además, la desconexión entre la producción primaria y el turismo, sumada a la expansión rápida y no regulada de nuevos negocios y desarrollos inmobiliarios, amenaza la conservación del paisaje y la identidad agrícola del valle, temas que ameritan futuras investigaciones.

La concentración del valor de la producción en los servicios turísticos, en detrimento de las prácticas agrícolas revela una dinámica de apropiación desigual del beneficio económico lo que puede potenciar riesgos en el mediano y largo plazos, no solo en términos patrimoniales sino también en la sostenibilidad socioambiental. Esto obliga a replantearse quiénes se benefician del enoturismo y qué tipo de desarrollo se quiere para la región ¿uno que proteja el patrimonio vitivinícola en el largo plazo? o bien, ¿uno que solo priorice la economía rápida y la voraz expansión inmobiliaria?

La trayectoria histórica de la región muestra que el patrimonio vitivinícola es un reflejo de intercambios culturales y sociales del territorio, además de económicos. El interés del sector productivo por preservar el carácter rural y agrícola del Valle de Guadalupe se presenta como un factor de cohesión entre los actores que habitan esta región. Hasta qué punto el crecimiento turístico está alineado con la protección de ese patrimonio, la memoria colectiva y la identidad territorial o si, por el contrario, la amenaza de la urbanización voraz puede erosionar ese legado.

Una de las limitaciones de este estudio está relacionados con la escala y la profundidad del mismo. Si bien se realizó un trabajo exhaustivo con actores clave, solo incorpora las visio-

nes de los propietarios de las vinícolas más antiguas; no ha sido posible añadir las voces de las comunidades indígenas, ejidatarios, el gobierno y otros actores de la sociedad, para obtener una visión más integral sobre la valoración del patrimonio etílico y la identidad. Sería importante en otro momento incluir la percepción de la población local sobre los beneficios que genera el enoturismo en la región y la distribución de los beneficios.

La preservación del patrimonio etílico no solo contribuye a mantener viva la memoria histórica de la región, también debe ser un instrumento que promueva prácticas que armonicen el crecimiento económico con la preservación ambiental y cultural. Conocer la historia de una región no es solo indagar en su pasado, sino reconocerse en ella, aprender de sus raíces y transitar hacia modelos que prioricen la sostenibilidad y la conservación del patrimonio biocultural.

El turismo, en este contexto, opera como un agente doble: por un lado, potencia el valor del vino y promueve el desarrollo económico; pero, por otro, introduce presiones sobre los recursos naturales —especialmente el agua y el suelo— y acentúa conflictos en torno al acceso a la tierra y a los beneficios del desarrollo. Así, el caso del Valle de Guadalupe ejemplifica cómo la valorización turística del vino puede ser motor de dinamismo regional, pero también un factor que profundiza las desigualdades y transforma profundamente el tejido social y territorial.

Declaración de autoría

Nora L. Bringas Rábago: Conceptualización, curación de datos, análisis formal, captación de fondos, investigación, metodología, administración del proyecto, recursos, software, supervisión, validación, visualización, redacción – borrador original y redacción – revisión y edición.

Referencias

- Adams Muranaka, T. (1987). Los molokanos rusos de Baja California. *Estudios Fronterizos*. V(14), 125-135. DOI [10.21670/ref.1987.14.a09](https://doi.org/10.21670/ref.1987.14.a09)
- Barco, M. del (1988). *Historia natural y crónica de la antigua California* (Edición y estudio preliminar, notas y apéndice de León Portilla). Universidad Nacional Autónoma de México.
- Bringas-Rábago, N.L. y Toudert, D. (2011). *Atlas: Ordenamiento territorial para Baja California*. El Colegio de la Frontera Norte.
- De la Vega, G. (2003). *Arraigo y florecimiento: Historia de una familia*. L.A. Cetto.
- Elías, L.V. (2014). El paisaje del viñedo: Su papel en el enoturismo. *RIVAR*, 6(3), 12-32.
- González, M. y Paredes, R. (2001). *La colonización rusa en Baja California: Historia y legado cultural*. Instituto de Investigaciones Históricas, UABC.

Instituto Nacional de Estadística y Geografía (INEGI) (2020). *Información Demográfica y Social*. INEGI. https://www.inegi.org.mx/programas/ccpv/2020/#datos_abiertos

López-Guzmán, T. y Sánchez Cañizares, S.M. (2008). La creación de productos turísticos utilizando rutas enológicas. *Pasos*, 6(2), 159-171. DOI [10.25145/j.pasos.2008.06.013](https://doi.org/10.25145/j.pasos.2008.06.013)

Magoni, C. (2009). *Historia de la vid y el vino en la península de Baja California*. Universidad Iberoamericana.

Mathes, W.M. (1977). *Las misiones de Baja California, 1683-1849*. Gobierno del Estado de Baja California Sur.

Méndez M. (2016). Entre intenciones y limitantes: La industria vitivinícola en Baja California (1935-1943). *Signos Históricos*, XVIII(36), 148-179.

Nucamendi Méndez, A., Bringas Rábago, N.L. y Verduzco Chávez, B. (2023). Conflictos socioterritoriales en el Valle de Guadalupe, Baja California, México: Un acercamiento desde las redes de confianza. *Frontera Norte*, 35, 1-25. DOI [10.33679/rfn.v1i1.2347](https://doi.org/10.33679/rfn.v1i1.2347)

Observatorio Turístico de Baja California (OTBC) (2024). *Inventario de recursos y establecimientos turísticos en el Valle de Guadalupe*. El Colegio de la Frontera Norte.

Osterroth, I. (26 de junio de 2024). *Baja California, el mayor productor de vinos en México, se prepara para celebrar sus Fiestas de la Vendimia 2024*. Revista Fortuna. <https://revistafortuna.com.mx/2024/06/26/baja-california-el-mayor-productor-de-vinos-en-mexico-se-prepara-para-celebrar-sus-fiestas-de-la-vendimia-2024/>

Quiñónez Ramírez, J.J., Bringas-Rábago, N.L. y Barrios Prieto, C. (2012). La Ruta del Vino de Baja California. *Patrimonio Cultural y Turismo Cuadernos*, 18, 131-150.

Redacción Travesías (19 noviembre de 2017). *Entrevista con Hugo D'Acosta: Enólogo de Casa de Piedra y uno de los principales impulsores del vino mexicano*. Revista Travesías. <https://www.travesiasdigital.com/noticias/entrevista-con-hugo-dacosta/>

Regis Cavicchioli, M. (2018). Wine: A cultural world heritage. *Heródoto*, 3(1), 523-537.

Rojas Aguilera, G. (2015). Patrimonio e identidad vitivinícola: Reflexiones sobre la evolución de los significados culturales del vino en Chile. *RIVAR*, 2(4), 88-105.

Servicio de Información Agroalimentaria y Pesquera Acciones y Programas (SIAP) (2024). *Anuario Estadístico de la Producción Agrícola: Cierre de la producción agrícola*. Secretaría de Agricultura y Desarrollo Rural.

Taylor, S.J. y Bogdan, R. (1987). *Introducción a los métodos cualitativos de investigación*. Paidós.